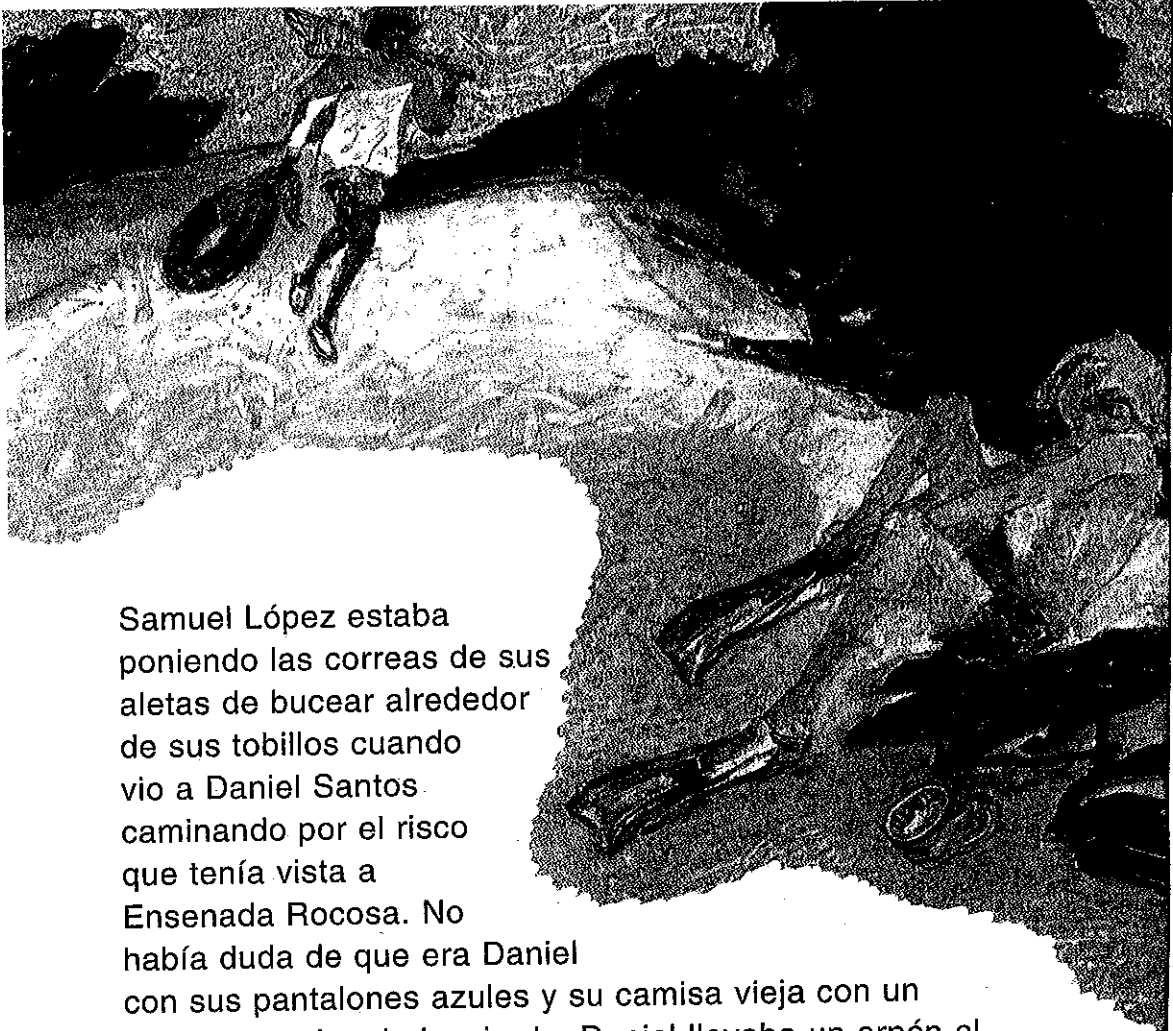


Peligro en las profundidades

Escrito por Charles Coombs
Adaptado por Vivian Cuesta



Celebration Press
An Imprint of Pearson Learning



Samuel López estaba poniendo las correas de sus aletas de bucear alrededor de sus tobillos cuando vio a Daniel Santos caminando por el risco que tenía vista a Ensenada Rocosa. No había duda de que era Daniel con sus pantalones azules y su camisa vieja con un agujero en el codo izquierdo. Daniel llevaba un arpón al hombro. Colgando del arpón tenía sus aletas y máscara de bucear. En la otra mano llevaba un tubo de llanta inflado al que tenía atado un saco de yute.

—Hola —le dijo Daniel al dejar caer su equipo de bucear en la arena al lado de Samuel—. ¿Estás solo hoy?

—Parece que hace mucho frío para los demás —dijo Samuel—. Pero a mí me gusta así.

—A mí también —dijo Daniel.

Samuel se puso a pensar si la verdadera razón que el otro muchacho estaba allí era la misma que la de él. Aunque a Samuel le gustaba bucear, eso era un deporte de verano. En una mañana fría de septiembre como hoy, prefería estar en su casa leyendo un buen libro. Pero la temporada de pesca de langostas legalmente estaba por acabarse. La mayoría de los langosteros comerciales ya habían terminado de recoger sus trampas. Era tarde en la temporada y las langostas estaban escasas.

Daniel se quitó la camisa y empezó a ponerse el traje de buceo. —Ojalá que hoy encuentre algunas langostas —dijo—. Aunque creo que no hay muchas por aquí. Los comercios de pescado en Miramar están pagando muy bien las langostas. A mí me caería bien un dinerito. Tengo una oportunidad de que me den trabajo para repartir periódicos. Pero para eso necesito una bicicleta. Las bicicletas cuestan mucho dinero.

Samuel no mencionó que él también necesitaba dinero para sus gastos. La escuela iba a empezar de nuevo. La ropa que no se le había gastado durante el verano, le quedaba chica. A los trece años de edad parecía estar creciendo más rápido que el maíz durante el mes de julio.

En cualquier otro año sus padres le habrían comprado ropa. Pero debido al accidente de su papá en la fábrica, a su familia sólo le alcanzaba para la comida y el alquiler. Luego su papá se mejoraría y regresaría al trabajo. Pero ahora las cosas estaban muy difíciles en la casa de la familia López. Samuel sabía que sus padres tendrían menos preocupaciones si él ganara suficiente dinero como para comprarse su propia ropa de escuela para el año entrante.

—Bueno, creo que estoy listo —dijo Daniel. Dejó el arpón enterrado en la arena y recogió el tubo de llanta con el saco. ¿Nos metemos al agua juntos? —le preguntó a Samuel.

Samuel sabía la regla: un buzo nunca debe bucear solo. Nadie sabe cuándo podría pasar algo malo y necesitar ayuda. Pero Samuel también sabía que Daniel tenía fama de ser uno de los mejores buzos jóvenes de la ensenada. Si ambos nadaban juntos y había algunas langostas, Daniel probablemente las alcanzaría primero.

—No, creo que no —le dijo Samuel—. Te seguiré en unos minutos. Quiero probar primero al otro lado.

—Bueno, Samuel —le dijo Daniel. Pero ten cuidado. He oído que hay unas morenas alrededor de esas rocas. Ellas te pueden dar una mordida terrible.

—Tendré cuidado —le dijo Samuel, pensando en las cicatrices que había visto en los brazos y manos de otros buzos. Por supuesto, si uno no mete las manos en lugares donde no puede ver, no hay mucho de qué preocuparse.

Daniel se metió entre las olas y entonces nadó hacia la ensenada. Empujaba el tubo de llanta que llevaba frente a él. Samuel lo observó zambullirse dos veces pero cada vez subió a la superficie con las manos vacías.

“Ojalá que yo tenga mejor suerte que él”, se dijo Samuel mientras se ataba la baina de su cuchillo a la pierna. Se puso su máscara y las aletas. Con su tubo de llanta caminó como un pato y se metió al agua.

Samuel nadó más allá de donde Daniel estaba buceando. Al subir a la superficie, Daniel se sacudió el agua de la cara. —No parece haber muchas langostas aquí —le dijo Daniel—. Vi una bien grande, pero era más grande que el límite legal. Y el resto parecían ser muy chicas.

Las langostas de tamaño legal miden entre diez y media a dieciséis pulgadas de largo. Aquellas que son más chicas o más grandes no se pueden tocar o deben soltarse. La langosta espinosa de la costa del oeste es en realidad un langostino grande de mar. No tiene las pinzas peligrosas como las langostas de la costa este. Pero cuando uno está a diez o quince pies de profundidad, tratar de sacar una de ellas de entre las grietas de las rocas es tremendo trabajo.

—Me voy a ir hasta la punta —dijo Samuel. Pero no le pidió al otro muchacho que fuera con él. Si Samuel encontraba algunas langostas, las necesitaba para sí mismo.

Al llegar a su lugar escogido, Samuel soltó el tubo de llanta. Con un par de respiros fuertes, se sumergió y desapareció debajo de la superficie.

No importaba cuántas veces se sumergía en el agua, siempre se maravillaba por la belleza que existía debajo de la superficie. Bancos de peces pequeños y coloridos nadaban serenamente a su alrededor. Las algas marinas se mecían suavemente por la corriente. El fondo del mar estaba cubierto de rocas enormes incrustadas con pequeños erizos espinosos y todo tipo de conchas afiladas. La única preocupación que tenía un buzo era que sus pies no tocaran el fondo. Un cangrejo enorme se escurrió en la grieta de una roca.

A la derecha de Samuel, un gran pez aleteaba sobre la arena. Pero no había langostas.

Entonces, cuando estaba por acabársele el aire, Samuel vio la silueta oscura de una langosta que se metía en un hoyo pequeño. Después de marcar el sitio en su mente, Samuel movió rápidamente sus aletas y subió a la superficie.

Samuel se llenó los pulmones de aire varias veces. Entonces se sumergió de nuevo. Buceando hacia abajo, en seguida vio a la langosta que había salido de su hoyo. Samuel se le acercó lentamente y se preparó para agarrarla. De pronto, con el raballo del ojo, vio la cabeza de una morena. Samuel sabía que si trataba de agarrar la langosta, la malvada morena lo mordería. La fila de dientes de la morena no lo animaba.

“Ésa es una langosta que yo no quiero”, decidió rápidamente Samuel. Cambió de dirección, siguiendo un cañón submarino entre las rocas. Después de haber buceado muchas veces en la Ensenada Roca y sus alrededores, Samuel sabía que él estaba como a veinte pies de profundidad, que era lo más profundo que él jamás había buceado. Buzos de mayor edad, y con más experiencia estaban acostumbrados a bucear a treinta o quizás hasta treinta y cinco pies de profundidad. Pero veinte pies era más que suficiente para Samuel.

Cuidando de no poner las manos sobre las rocas, Samuel hizo camino por el cañón submarino mientras que nadaba contra la corriente. Había decidido empezar su regreso a la superficie cuando de pronto algo que se movía rápidamente delante de él le llamó la atención. Una nube de arena nubló el agua.



¡Langostas! Habían docenas de ellas. Una colonia entera, de todos tamaños. El lugar estaba lleno de ellas.

A pesar de la oscuridad, Samuel vio que el espacio donde las langostas se escondían no era profundo. Serían fácil de atrapar. Luego de hacer nota mental de lo que había visto, subió a la superficie.

Salió como a veinte pies de donde flotaba el tubo de llanta. Nadó hacia él y lo remolcó directamente sobre el lugar donde había visto las langostas.

—¿Algunas langostas? — preguntó Daniel.

Sin decir una palabra, Samuel alzó sus manos vacías. "Daniel podrá darse cuenta por sí mismo", pensó.

—Ya casi me doy por vencido —añadió Daniel. No cabía duda de la desilusión en su voz. Samuel pensó cómo podría Daniel comprar su bicicleta ahora. Los trabajos de repartir periódicos no eran fácil de conseguir. —Odio tener que dejarte solo aquí—dijo Daniel—. No es una buena idea.

—No te preocupes. Estaré bien —le aseguró Samuel, aunque él sabía que era contra las reglas del deporte estar solo en el agua—. Además, sólo voy a sumergirme unas cuantas veces más.

—Entonces me voy a quedar un rato más —dijo Daniel—. No queremos que le pase nada a otro buzo.

—Como quieras —gritó Samuel. Entonces, empezó su bajada al fondo del mar. Cuando estaba casi a la mitad de su bajada, de repente vio una sombra que le pasó por encima. Girando rápidamente en el agua, Samuel miró hacia arriba y se encontró ¡frente a frente con la cara de un tiburón!

Su sangre se heló de terror. Pero recordando que el miedo es el peor enemigo de un buzo, Samuel se calmó rápidamente.

El tiburón era bastante pequeño. Parecía estar tan cauteloso de Samuel como Samuel estaba de él. Además, por esta parte de la costa nunca se había visto ningún tiburón tan cerca a la orilla de la playa.

Manteniendo control de sus nervios, Samuel empezó a mover los brazos rápidamente. Con un movimiento rápido de su cola, el tiburón huyó.

Samuel se sonrió con confianza y continuó su viaje. Acercándose al borde del arrecife, alcanzó a agarrar una langosta antes de que las demás se dieran cuenta de lo que estaba pasando. Probablemente medía como catorce pulgadas de largo. Una hermosura.

Al agarrarla, Samuel se dió cuenta de la mina de oro de marisco que había descubierto. Había tantas langostas, que agarrar su límite no sería problema. Además, podía regresar día tras día hasta que se terminara la temporada.

Nadó hacia la superficie con la langosta fuertemente agarrada con una mano. Samuel se sintió muy agradecido de haber llegado a la ensenada cuando los otros buzos ya habían dejado de pescar.

Pero Daniel tampoco se había dado por vencido. Sus aletas se desaparecían una vez más cuando Samuel llegaba a la superficie. Rápidamente, antes de que el otro muchacho regresara a la superficie, Samuel nadó hacia el tubo flotante y puso la langosta en el saco que colgaba de él.

Samuel respiró profundamente un par de veces y se metió al agua varias veces más en busca de otras langostas.

Cada vez que hacía lo mismo, regresaba con una langosta de tamaño legal. Y cada vez, lograba meterla en el saco flotante cuando Daniel no estaba mirando.

Daniel lo llamó: —Creo que ya me voy. Tengo dos bastante buenas. Pero el resto parece que se han ido al sur para escapar del invierno. Salgamos. Está haciendo mucho frío y si quieres, te doy una de las mías. Así ninguno de los dos nos iremos con las manos vacías.

—Gr... racias —le dijo Samuel—, pero creo que me quedaré un rato más.

Después de todo, penso él, sería buena idea si Daniel se fuera para su casa. Si Daniel no estuviera en la playa, Samuel no tendría que explicarle nada cuando él llegara a la playa jalando su saco pesado, lleno de langostas. Sí, sería mejor si Daniel se fuera.

Daniel encogió los hombros. Empujó su máscara por encima de la frente. Reclinándose sobre el tubo flotante se propulsó con las aletas de los pies y empezó su viaje a la orilla.

Fue en ese momento cuando Samuel se llenó de un sentimiento, que sin darse cuenta había estado creciendo en él.

Daniel siempre había sido su amigo. Quizás no un amigo íntimo, pero quizás eso era culpa de Samuel. Daniel siempre había sido un atleta y buzo tan bueno que Samuel nunca se sintió igual a él. "Tal como hoy", pensó Samuel. No había querido bucear con Daniel porque tenía miedo que el otro muchacho iba a agarrar todas las langostas para sí mismo.

Y ahora Daniel, quien necesitaba las langostas tanto como Samuel, le había ofrecido compartir sus dos langostas con Samuel. Mientras tanto, en el fondo del mar había muchas langostas para ambos.

—Oye, Daniel —le llamó de repente—. He encontrado un nido grandísimo de langostas. Ven.

El otro muchacho se detuvo y miró hacia atrás. —Está bien, Samuel —le dijo con una sonrisa en la cara—. Si no quieres que te deje solo, me quedaré unos minutos más. Pero te apuras, ¿entiendes?

Samuel se sintió hasta más culpable por lo que había hecho al saber que Daniel se había quedado cerca de él.

—En serio, Daniel —le dijo Samuel—, están aquí abajo y hay muchas de ellas. Ven a mirar mi bolsa. Samuel metió su mano en la bolsa cuidadosamente y sacó una langosta la cual la alzó para que Daniel la viera.

Una mirada extraña ocupó la cara de Daniel. Entonces, con la misma rapidez, cambió. —¿Qué es eso? —le gritó Daniel y empezó a nadar hacia Samuel—. ¿De dónde salió eso?

Samuel le dijo de su descubrimiento submarino.

—Bueno, bajemos a ver —le dijo Daniel. Entonces miró a Samuel atentamente—. ¿Estás seguro de que quieres compartirlas conmigo?

—Daniel, yo no estaba seguro hace un rato —le dijo Samuel sinceramente—. Pero ahora sí lo estoy.

Daniel se sonrió. —Vamos, vámonos al fondo juntos.

Se pusieron las máscaras, se llenaron los pulmones de aire y empezaron su descenso. Samuel fue primero mostrándole el camino hasta las langostas. Muchas de ellas se habían metido entre las grietas de las rocas. Pero todavía quedaban muchas por agarrar. Cada muchacho agarró una buena y se fue con ella.

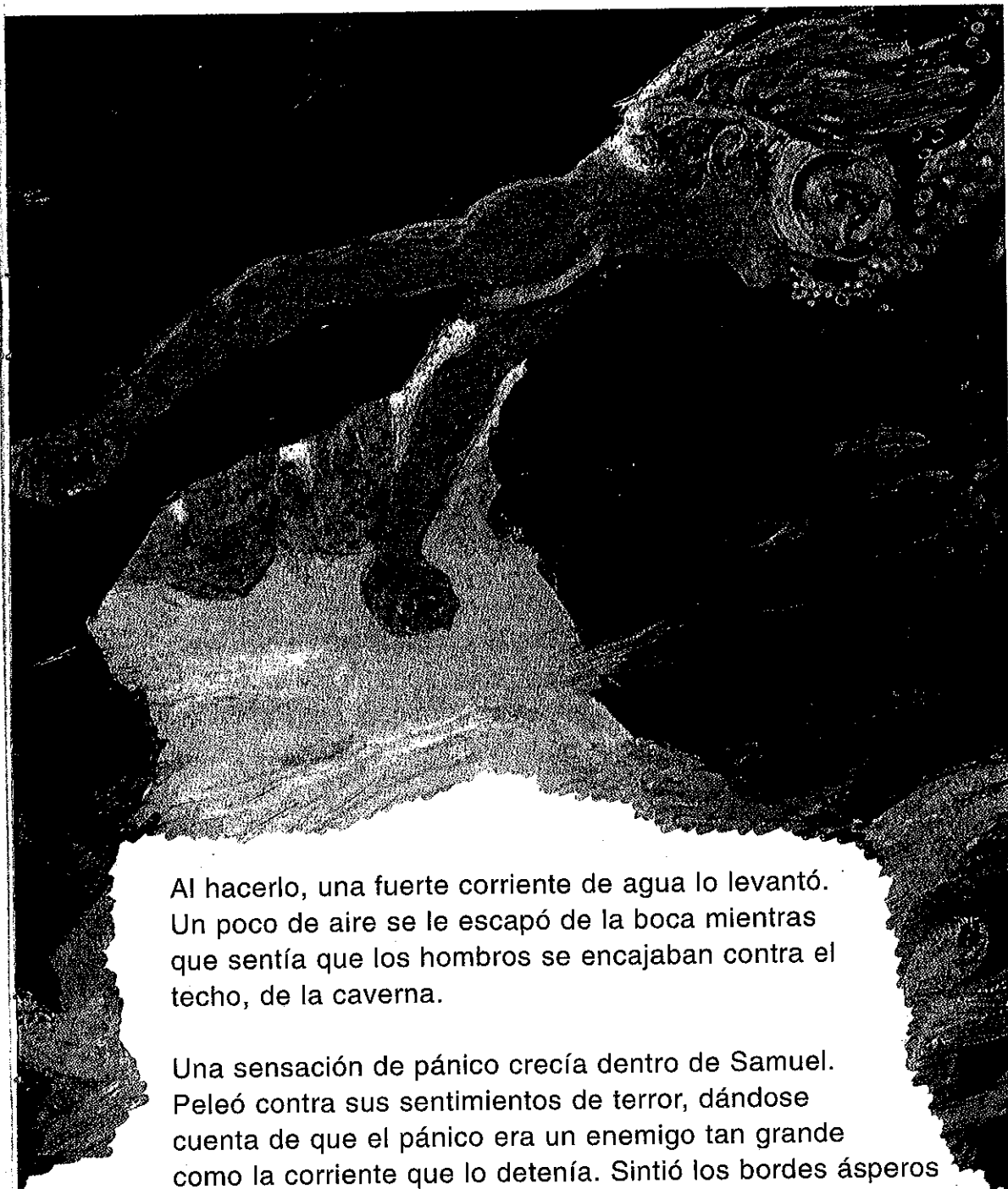
—Oye, amigo, es verdad que no estabas jugando —le dijo Daniel con una sonrisa mientras dejaba caer su pesca en la bolsa casi vacía—. ¿Cuántas más necesitas para cumplir tu límite?

—Una nada más —le dijo Samuel—. La agarraré en este viaje y esperaré a que tú termines de pescar las tuyas. Sin esperar, Samuel comenzó su descenso.

Un pequeño banco de peces escarlata nadaba frente a él. Relucían brillantemente contra el color verde pastel del agua. Al pasar por una roca, Samuel asustó a un pulpo pequeño. El pulpo juntó sus tentáculos y se impulsó rápidamente fuera de alcance mientras soltaba una columna de tinta. Ya que en esta parte de la costa no se veían pulpos de ningún tamaño peligroso, ése era otro animal marino que no daba miedo a un buzo con experiencia.

Llegando una vez más al borde del arrecife submarino, Samuel logró ver una langosta enorme meterse en una gruta. Samuel no se había dado cuenta de la caverna anteriormente, pero se imaginó que debía estar llena de langostas.

Sin considerar su descuido, Samuel metió la cabeza y hombros dentro de la caverna.



Al hacerlo, una fuerte corriente de agua lo levantó. Un poco de aire se le escapó de la boca mientras que sentía que los hombros se encajaban contra el techo, de la caverna.

Una sensación de pánico crecía dentro de Samuel. Peleó contra sus sentimientos de terror, dándose cuenta de que el pánico era un enemigo tan grande como la corriente que lo detenía. Sintió los bordes ásperos de las rocas que raspaban su piel. Esperó, guardando la respiración y orando que la corriente aflojara.

Entonces, aturdido, Samuel se dio cuenta de que había poca posibilidad que la corriente cambiara. Se había quedado en el agua demasiado tiempo. La marea estaba subiendo. Era la presión de la marea la que le había presionado los hombros tan fuertemente contra el techo de la caverna.

Los pulmones de Samuel lloraban por aire. Cohetes comenzaban a explotar en su cabeza, cuando de pronto sintió que algo le agarró su tobillo.

El primer pensamiento que le vino a la mente fue el tiburón. Quizás si éste viera algo que estaba luchando se sentiría con suficiente valor para atacar. Pero entonces, Samuel se dio cuenta de que lo que lo agarraba no tenía dientes. Se dio cuenta de que eran dos manos: las manos de Daniel.

Los pensamientos de Samuel daban vuelta sin cesar. Se dio cuenta de que sólo tenía tiempo para un último esfuerzo. Puso las manos contra el techo de la caverna. Al sentir que Daniel lo jalaba para abajo y hacia afuera de la caverna, empujó su cuerpo con toda la fuerza que le quedaba.

¡Y se soltó!

Inmediatamente pateó hacia arriba. Sin fuerzas, Samuel sintió que Daniel lo empujaba desde abajo para ayudarlo a llegar a la superficie con rapidez. Subió más y más. Unos momentos después Samuel se colgaba débilmente de su tubo de llanta, y la cabeza de Daniel salió a la superficie del agua.

—Tal parece que te metiste en un problemita allá abajo, amigo —le dijo Daniel sonriéndose—. ¿No sabes que no debes meter la cabeza dentro...

—Sí, sí, ya lo sé —resolló Samuel—. Daniel, me... me volví loco. Amigo, si no hubiera sido por ti—. A Samuel le dió un escalofrío. No dejaba de pensar qué hubiera pasado si Daniel no hubiera llegado abajo a darle una mano. No dejaba de pensar qué hubiera pasado si él no hubiera llamado a Daniel para que viniera a compartir con él su descubrimiento de las langostas.

—Bueno amigo —le dijo Daniel—, te ves un poco cansado. Además, debemos ponerte yodo en esas raspaduras que tienes en los hombros. ¿Damos por terminado el día?

—Estoy de acuerdo —Samuel logró darle una sonrisa ligera—. Nosotros... nosotros podemos regresar mañana cuando no haya cambio de marea. Daniel, todavía hay muchísimas langostas allá abajo, suficientes para tu bicicleta y para mi ropa de la escuela. Y bueno, quizás hasta podríamos guardar una para nosotros mismos. Tú sabes, para darnos un banquete.

—Muy buena idea, Samuel —le dijo Daniel sonriendo—. Quizás podamos hacer muchas cosas juntos, ¿no crees?

—Claro —le dijo Samuel alegremente—. Juntos.